

las de los eutiquianos y nestorianos, separados de nosotros y de los griegos hace ya mil doscientos años: lo que manifiesta que todo esto no puede venir sino de su principio.

Podríase aun alegar el testimonio de los Padres aunque no hubiese mas que san Cirilo y san Juan Crisóstomo, sin hablar de los demás, en los que se encuentran todas las partes de la Misa, y palabra por palabra de todo cuanto se ha producido; pero es necesario convencer á los hombres por alguna cosa aun mas palpable, ahorrándoles la pena de discurrir y examinar. Por tanto á todos cuantos alegaren á *Radbert* y la fecha de la presencia real en el siglo IX se les puede decir para confundirles, no por los Padres, ni por historias, ni menos por discusion alguna; sino que se les manifestará siempre que quisieren en muchas bibliotecas, volúmenes que todo hombre docto reconocerá su antigüedad de novecientos, mil y mas años, en los que se lee el *Cánon*, y á mas las Secretas que acabamos de producir. Añadiendo que dichos volúmenes son copiados para el uso de la Iglesia sobre otros volúmenes mas antiguos; y que aquellos contra quienes nos servimos de este *Cánon* y oraciones, sean herejes ú otros del tiempo de *Radbert* ó *Berengario*, ellos mismos han reconocido su

antigüedad, y jamás han pensado ni imaginado que dichas oraciones fuesen nuevas, concluyendo, sin dudar, que estas piezas son de mejor tiempo. Este es el motivo que, obligados los Protestantes á explicarlas, lo hacen tan mal, que no se atreven á servirse de ellas: reconocen su autoridad, por ser ellas tan antiguas; sin embargo las rechazan, por serles tan contrarias.

CAPÍTULO XIX.

DE LA CUARTA ORACION DEL CÁNON.

En el fin de la tercera oracion dice el sacerdote estas palabras: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*, indicando debemos siempre tener presente el misterio de nuestra Redencion, como en su lugar expusimos. Sigue, pues, muy á propósito esta cuarta oracion que empieza: *Unde et memores...* en la que el sacerdote, tambien en nombre del pueblo, como en la oracion *Suscipe Sancta Trinitas...*, nombra la Pasion, Resurreccion y Ascension, ofrece á Dios, eterno Padre, el cuerpo y sangre de su Hijo, esto es, una hostia pura, santa é inmaculada, de sus dones ya recibidos, por la transustanciacion del pan y vino en el Cuerpo y Sangre en los términos siguientes:

«Es por esto, ó Señor, que nosotros; que
«somos vuestros ministros y todo vuestro
«santo pueblo, acordándonos de la pasión
«muy dichosa, de la gloriosa resurrección
«y de la ascension triunfante del mismo
«Jesucristo, vuestro Hijo Señor nuestro,
«ofrecemos á vuestra santa y gloriosa ma-
«jestad este presente formado de cosas que
«tenemos de Vos mismo, una hostia santa,
«una hostia pura, una hostia sin mancha,
«el pan santo de la vida eterna, y el cáliz
«de salud perpétua.» Los que han aprendi-
«do de Jesucristo que él es el pan vivo que
«da la vida eterna (Joan. vi, 51, 52), cono-
«cerán con facilidad cuál es este pan de vida
«eterna que se ofrece á Dios; y que este es
«visiblemente el mismo Jesucristo y su san-
«ta carne, con la que él nos ha prometido la
«vida (Joan. vi, 51), que manifiesta como
«presente al decir *el pan santo de vida eter-
«na*, como también su Sangre que nos ha sal-
«vado cuando añade: *y el cáliz de salud per-
«pétua*; es decir, sin dificultad, el cáliz don-
«de se contiene esta salud con la sangre del
«Salvador.

Esto es lo mismo que dicen los griegos
en su liturgia, cuando después de haber
pronunciado las santas palabras del mismo
Salvador continúan en estos términos: «Os
«ofrecemos cosas que son hechas por Vos,
«cosas que eran vuestras;» es decir, el

cuerpo y la sangre de vuestro Hijo, forma-
dos del pan y del vino que eran criaturas
vuestras.

Estas palabras son dichas en este lugar
para expresar la naturaleza de esta obla-
ción en la que se ofrece á Dios una sustan-
cia; esto es, el cuerpo y la sangre de Jesu-
cristo de una otra sustancia que era la de
pan y vino; y todo junto para hacer ver,
contra los antiguos herejes, que desde el
origen del Cristianismo habían distinguido
al Criador del universo por el Padre de Je-
sucristo; para hacerles ver, digo, que este
era el mismo, y que el que había criado el
pan y el vino para alimentar al hombre era
el mismo que para santificarlo hacia de los
mismos el cuerpo y la sangre de su único
Hijo.

Esto es lo que expresan los latinos por es-
tas palabras de la misma oración: «Nos-
«otros os ofrecemos esta santa hostia hecha
«de las cosas que tenemos de Vos mismo.»
De tuis donis ac datis. Esto mismo expre-
san los griegos de otra manera, diciendo:
Tua ex tuis; donde se ve más y más que las
dos Iglesias hablan siempre en un mismo
espíritu, y conformes celebran el cambio
maravilloso que se ha hecho de las criatu-
ras de Dios en criaturas de Dios mucho
más excelentes; pero siempre con una re-
lación y analogía perfecta, pues que este es

el alimento de los cuerpos, quien es cambiado en comida para sustentar á nuestras almas y santificar á nuestros cuerpos.

Todo esto está confirmado maravillosamente en estas palabras de la misma oracion, donde, despues de haber nombrado á Jesucristo como se ha hecho en todas partes, como este es el camino por quien nos acercamos al Padre, añadimos: «Por el cual, «ó Señor, Vos no cesais de criar todos estos bienes, los santificais, los vivificais, «los bendecís y nos los dais.» Por donde se manifiesta en Dios, por Jesucristo, una creacion continua, para hacer que los dones sagrados de pan y vino que Dios habia criado con su poder, por el mismo poder sean hechos una nueva criatura, y de cosas inanimadas y profanas se conviertan en una cosa santa y animada, que es el cuerpo y la sangre del Hombre-Dios Jesucristo; cosa, por este medio, llena para nosotros de bendicion y de gracia, para sernos dada en seguida con todos los dones que en sí está llena: lo que continúa á manifestar que aquel que nos ha criado, y que ha criado las cosas que nos sostienen segun el cuerpo, cria aun de estas mismas cosas aquellas que nos sostienen segun el espíritu; y que esto es lo que le ofrecemos antes que lo recibamos de su mano.

De todo lo dicho se ve claramente que la

hostia consagrada, que es Cristo, se ofrece como hostia *pura* para diferenciarse de los sacrificios de las gentes, que eran impuros y corruptos: *santa*, para distinguirse de las oblacones de la ley antigua, que no eran tan santas que pudiesen santificar el alma como esta nuestra, que quita los pecados del mundo; por cuya razon se añade *inmaculada*, porque Cristo fue un cordero inocente, sin mancha alguna, que quita los pecados del mundo santificando á los hombres. Es, pues, una hostia pura, que purifica; santa, que santifica, é inmaculada, que limpia toda mancha.

De las acciones que se hacen en esta primera parte de la oracion unas son particulares, otras generales. Los Cartujos, Dominicos y Carmelitas, al empezar: *Unde et memores* elevan los brazos para manifestar la figura de la cruz en memoria de la pasion de Cristo. Sin embargo, la Iglesia romana jamás siguió tal uso, juzgando ser suficiente tenga el sacerdote sus manos extendidas delante el pecho para significar la pasion de Cristo. Las acciones generales son los signos de cruz, de los que se hacen tres sobre la hostia y cáliz, cuando el sacerdote dice: *Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam*; el cuarto sobre la hostia cuando dice: *Panem sanctum*; y el

quinto, finalmente, sobre el cáliz, al decir:
Et calicem salutis perpetuae.

Para la debida explicacion de estas acciones generales deben examinarse dos cosas. Primera, qué son estos signos; segunda, por qué son cinco. Para cuyo efecto compararemos antes la bendicion de la Eucaristia con las otras bendiciones que usa la Iglesia dándonos al mismo tiempo una nueva prueba del cambio de la sustancia.

A pesar de estar suficientemente explicada la presencia real y el cambio de la sustancia por las oraciones de la Misa, para mayor abundamiento vamos á comparar las otras oraciones de la Iglesia con estas. Ella bendice el agua del Bautismo, como igualmente el santo crisma y los santos óleos con los que unge á los hijos de Dios, para imprimirles en diferentes maneras el carácter de cristianos y ungidos del Señor. Las oraciones de las que se sirve en estas bendiciones son seguramente de la primera antigüedad. Dentro estas bendiciones se encuentra bien que la Iglesia *consagra y sacrifica estas sustancias* (Ordo Rom. t. 10; Bib. PP. p. 70), es decir, esta agua y estos óleos que ella bendice, que ella los hace eficaces, y les inspira una nueva virtud por la gracia del Espíritu Santo que invoca sobre ellas. Se encuentra tambien en el am-

brosiano que ella *los eleva y ennoblece*; pero no se encuentra jamás que las ofrezca á Dios en sacrificio, ni que las cambie en alguna otra sustancia, ni para su efecto emplee la poderosísima virtud del Espíritu Santo: estas expresiones están reservadas para la Eucaristia. Todo lo que manifiesta claramente que el cambio que se hace en la Eucaristia es bien de otra naturaleza que el que se hace en el agua ó en el óleo, que no es mas que un cambio místico y moral; y que la palabra sacrificio se emplea en ella, no como se da algunas veces á lo que sirve para el culto divino, sino en rigurosa significacion, la que sirve para expresar un verdadero sacrificio.

Á mas de esto, de ningun modo conviene que la Iglesia católica no tenga, como la de los judíos, mas que sombras y figuras de Jesucristo para ofrecer á Dios, de donde se sigue que debe aquella tener y ofrecer al mismo Jesucristo, añadiendo que la Iglesia se explica tan claro sobre el cambio real del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, que los que han negado este cambio no han encontrado otro medio que suprimir de un solo golpe estas oraciones. Vista ya la diferencia de unas á otras bendiciones, explicaremos la significacion de las que actualmente nos ocupan.

No omite la Iglesia cosa alguna para ma-

nifestar á todos los fieles que el sacrificio del altar es el mismo sacrificio de la cruz, á cuyo efecto quiere que á toda palabra que indique el cuerpo y la sangre del Señor se haga el signo de la cruz, por el que se declara que la hostia y lo que se contiene en el cáliz ser el mismo cuerpo que fue clavado en la cruz, y la propia sangre en la misma cruz derramada. Los signos, pues, de cruz, que despues de la Consagracion se hacen sobre la hostia y cáliz, no son bendiciones, sino conmemoraciones de la virtud y eficacia del sacramento de la Eucaristia, cuya virtud dimana del sacrificio de la cruz que se representa y continúa en el sacrificio de la Misa como presente. (Suarez, 3 part. t. 3, q. 83). Los signos de cruz que se hacen en la Misa son: ó uno, tres, ó cinco: Uno, indica unidad de esencia; tres, manifiestan la trinidad de personas, y cinco, representan las cinco llagas de Cristo Señor nuestro en memoria de su pasion. (Micologi. cap. 14).

Tiene el sacerdote despues de la Consagracion unidos los dos dedos pólce é índice, los que no separa sino cuando ha de tocar la hostia consagrada, hasta despues de la Comunión que hace la ablucion; porque si se pegare alguna partícula, no se pierda; lo que pertenece á la reverencia del Sacramento. (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 5).

Supra que propitio...

Sigue la misma oracion en la que ora á Dios el sacerdote, á fin de que se digne mirar con cara propicia y alegre los dones que le ofrece del cuerpo y sangre de Cristo, no porque piense ser él el mediador entre el Padre y Cristo, sino porque aunque la oblacion es siempre acepta á Dios Padre, ya por parte de lo que se le ofrece, como por parte de Cristo que es el principal que ofrece, sin embargo, pudiendo suceder que por parte del sacerdote ó del pueblo no sea acepta, es la razon por que el sacerdote supplica á Dios mire la oblata con cara propicia y alegre. (Bellarmin. tom. 3, lib. 6, cap. 24). Á mas de esto ora á Dios el sacerdote se digne recibir los sagrados dones, del mismo modo que recibió los regalos de Abel, el sacrificio de Abraham, y el que antiguamente le ofreció Melquisedec.

Mas para complacer á nuestros reformadores voy á dar una clara resolucion á sus objeciones, y desvanecer las dificultades que nos puedan oponer sobre este particular. Hay en este sacrificio Jesucristo, quien es ofrecido, y hay el hombre que lo ofrece: el sacrificio es siempre agradable de parte de Jesucristo que es ofrecido; y podrá no serlo siempre de parte del hombre que lo

ofrece, pues que no puede ofrecerlo dignamente sin que sea él mismo bastante puro para ser ofrecido con él. ¿Qué extrañeza habrá, pues, que la Iglesia pida á Dios haga nuestro sacrificio agradable en todo, tanto y á proporcion de parte de los fieles que lo presentan, como de parte de Jesucristo que es el presentado?

Este es visiblemente el sentido de esta oracion: «Nosotros os ofrecemos, ó Señor, «el pan de vida, el cáliz de salud que os «suplicamos mireis con ojo propicio, y los «recibais como recibisteis los presentes de «vuestro servidor el justo Abel, y el sacrificio de nuestro padre Abraham, y el santo sacrificio, la hostia sin mancha que os «ofreció Melquisedec,» vuestro soberano sacrificador. De donde se ve claramente que se quiere comparar, no el don con el don, pues que la Eucaristía constantemente, tómese como se quiera, es bien sobre los antiguos sacrificios, sino que se compara las personas con las personas; y este es el motivo por que no se nombran mas que los mas santos de todos hombres: Abel, el primero de los justos; Abraham, el padre comun de todos los creyentes, y se reserva en el último lugar á Melquisedec que era sobre de él, pues que el mismo le ofreció el diezmo de sus despojos, y recibió de ellos al mismo tiempo, con el pan y el vino, las

primicias del sacrificio de la Eucaristía.

Y para mejor entender esto es menester saber que el espíritu de este sacrificio es, que teniendo á Jesucristo presente, le cargamos de nuestros votos; segun nos lo dice san Cirilo por estas palabras: «Hacemos á «Dios todas nuestras súplicas sobre esta «hostia propiciatoria,» y esto mismo expresa la Iglesia por esta Secreta de Pascua y dias siguientes: «Ó Señor, recibid las «oraciones de vuestro pueblo con la oblation de estas hostias;» y esto mismo se repite continuamente. Y hay motivo para pedir, pues así como los dones son agradables, las oraciones que se ofrecen con ellos, y para decirle mejor sobre ellos, lo sean tambien, como lo fueron los de Abel y demás santos que levantaron las manos inocentes á Dios, ofreciéndole sus dones con una conciencia pura.

Pues la perfeccion de este sacrificio no consiste solamente en que ofrezcamos y recibamos cosas santas, sino tambien en que nosotros que las ofrecemos, y que de ellas participamos, seamos santos. Las cosas santas son para los santos, y para recibirlas es menester, segun san Pablo, una caridad que provenga de un corazon puro, de una buena conciencia, y de una fe que no sea débil. (I Tim. 1, 5).

Tambien se nombra en este lugar á es-

tos tres santos del Antiguo Testamento, porque propiamente nos representan la figura de la pasion de Cristo. Por quanto Abel ofreció regalos de los primogénitos de sus rebaños, y Cristo primogénito se ofreció como cordero inmaculado á Dios Padre, de cuyo Cordero dice san Juan Bautista: *Ecce Agnus Dei...* Mas Abel inocente fue muerto por su hermano Cain; y Cristo es atormentado y muerto por sus malos hermanos los judíos. Abrahan obedeció á Dios para inmolár á su hijo; Cristo fue obediente al Padre hasta á la muerte, entregando su espíritu en las manos de su Padre. Melquisedec ofreció pan y vino, pues era sacerdote del Dios altísimo; y Cristo en el altar, bajo las especies de pan y vino, ofrece á Dios Padre por nosotros su Cuerpo y su Sangre, para que nos mire propicio. (Div. Bonav. in exposit. Miss.).

Dudan algunos si las últimas palabras *sanctum sacrificium, immaculatam hostiam...* se han de unir con las que preceden, *quod tibi obtulit summus sacerdos tuus Melchisedech*; ó con las que siguen, *Supplices te rogamus*, de las que despues hablaremos.

Le Brun dice que las palabras *sanctum sacrificium...* deben referirse á la oblacion de Melquisedec, pues que el saderdote al proferirlas no hace señal alguna de cruz

sobre la hostia ni sobre del cáliz, lo que prueba suficientemente que dichas palabras no se refieren al sacrificio de Cristo. (Le Brun, tom. 1, p. 510). Pouget defiende que las indicadas palabras no deben referirse á la oblacion de Melquisedec, sino al sacrificio de Cristo. (Poug. tom. 2 Institut. Catholicar. pag. 865). Santo Tomás se manifiesta propenso á una y otra sentencia, y siguiendo su doctrina, decimos: *Utrumvis intelligas, bonum iis verbis sensum contineri.*

Esta oracion concluye con aquella súplica, por la que el sacerdote pide á Dios «ut «jubeat per manus Angeli in sublime altare suum in conspectu divinae Majestatis «suae oblata perferri, ut quotquot ex ea altaris participatione sacrosanctum Filii sui «Corpus et Sanguinem sumpserint omni benedictione caelesti et gratia repleantur.» Cuyas palabras son de tanta profundidad, que apenas basta el entendimiento humano para penetrarlas. Inocencio III las explica del modo siguiente: «Manda, Señor, que «los votos y súplicas de los fieles lleguen á «presencia de tu Majestad por el ministro «rio de los Ángeles, y que por intercesion «de los mismos te sean agradables. *Tube hæc,* «es decir, los votos de los fieles, sus súplicas y oraciones, *perferri per manus sancti Angeli tui*, esto es, por ministerio de

« los Ángeles, *in sublimi altare tuum*, en « presencia de la Majestad divina. » Tiene la Iglesia un altar visible en la tierra y otro invisible en el cielo... tomamos aquí visiblemente el cuerpo y la sangre de Cristo; y tomamos invisiblemente del cielo los mismos con la bendición y gracia de Dios. (Innoc. III, lib. 5 Myst. Miss. cap. 6).

Con este espíritu se une el sacerdote con los santos Ángeles, tanto mas, cuanto se sabe perfectamente que ellos presentan nuestras súplicas á Dios sobre el altar que representa á Jesucristo, como se ve en el Apocalipsis, VIII, 3.

Los Protestantes, que todo lo eluden, quieren que el Ángel que presenta á Dios las oraciones sea el mismo Jesucristo, quien á menudo, dicen ellos, es llamado Ángel. Pero visiblemente esto es embrollarlo todo; y para no hablar aquí de otros lugares de la Escritura, jamás en el Apocalipsis Jesucristo es llamado por este nombre. En todas partes en las que parece, lleva un carácter de majestad soberana, con el nombre de Rey de los reyes y Señor de los señores. Mas el Ángel que aquí hablamos, para presentar las oraciones, es de la misma naturaleza que los otros que san Juan hace obrar por todas partes en este divino libro, de la misma naturaleza que los siete Ángeles de los que habla en este mismo

lugar, en el mismo capítulo VIII, donde habla del Ángel de la oracion, quien tambien por esta misma razon es simplemente llamado *un otro Ángel*, un Ángel como los demás, con igual elevacion que aquellos.

Vemos ya claramente cuál es el Ángel que ofrece á Dios nuestras oraciones sobre el altar celestial; de aquí viene la tradicion constante de toda la Iglesia que siempre ha reconocido un Ángel que preside á la oracion y en la oblacion sagrada, como se ve por los mas antiguos de los Padres. (Tert. de Orat. sub fin.). Cuando se dice que un Ángel preside en ella, y presenta nuestras oraciones, es menester entender que todos los santos Ángeles se unen á él con unidad de espíritu; y porque el espíritu de este sacrificio es de unir á Dios todas las criaturas, y sobre todo las mas santas, para rendirle en comun el reconocimiento de su servidumbre, no debe extrañarse se suplique á los santos Ángeles intervengan en él para su efecto.

Se habia unido ya con ellos el celebrante desde el principio del sacrificio, al cantarse el himno seráfico, es decir, el tres veces Santo, como dijimos en el Prefacio: « Es « muy justo, ó Padre eterno, que Vos nos « bendigais por Jesucristo nuestro Señor, « por quien los Ángeles alaban vuestra santa « majestad, las Dominaciones la adoran, las

«Potestades la temen con temblor; entre los cuales os pedimos encarecidamente nos mandeis mezclar nuestra voz, diciendo de todo nuestro corazon: Santo, Santo, Santo.»

En lo que sigue de esta oracion se pide que despues de estar nosotros unidos con los santos Angeles, deseemos unirlos con nosotros en nuestras oblacones, no dudando que serán tanto mas agradables, siendo ofrecidas por sus manos; cuya oracion tiene el sentido siguiente: «Os suplicamos, ó Dios todopoderoso, mandeis que estas cosas sean llevadas por vuestro santo Ángel á vuestro altar sublime, á fin de que nosotros todos, que hemos de participar en este altar del sagrado cuerpo y sangre de vuestro Hijo, nos llenemos de toda gracia y de toda bendicion espiritual por el mismo Jesucristo nuestro Señor.»

Para transportar hasta Dios nuestras oblacones, elevarlas hasta al cielo, donde él las recibe, ó hacerlas llegar hasta á su trono, es preciso, segun la Escritura, presentarlas de tal suerte, y con una conciencia tan pura como los Angeles, á fin de que le sean agradables. Este modo de hablar está sacado del rito de los antiguos sacrificios. Hemos visto que cuando se elevaba la víctima era en cierto modo para enviarla á Dios, y suplicarle por esta accion de reci-

birla; lo que parecia mas sensible en los holocaustos, en los que elevándose el humo en alto, iba á mezclarse con las nubes, y parecia querer elevarse hasta al trono de Dios. Las oraciones que se añaden parecen tambien con ella; y esto es lo que hacia decir á David: «Suba mi oracion á vuestro trono, como el incienso que se quemaba por la mañana en vuestro altar.» (Psalm. cxl, 2). Es decir, como el humo de la víctima quemada; pues esto es lo que aquí significa la palabra *incensum*, por mas hayamos apropiado nuestra palabra de incienso, derivada de *thus*, voz latina que significa una especie de olor ó fragancia. Por esta razon este Ángel del Apocalipsis se presenta con un incensario en la mano; y se ha dicho que el *humo de su incienso* (Apoc. viii, 4), es decir, *las santas oraciones*, que salian de un corazon abrasado del Espíritu Santo, *llegaban delante de Dios desde su mano*; es decir, que le eran agradables. Por esta razon tambien se llama esto en la Escritura el sacrificio de buen olor delante del Señor; cuando la oblacon se hace con un corazon puro, y que la oracion, saliendo de una conciencia inocente, se eleva á Dios con el humo del holocausto.

Nadie, pues, debe extrañar si la Iglesia, acostumbrada al lenguaje de la Escritura, elevando el cáliz antes de la Consa-

gracion, haga esta súplica: «Nosotros os lo «ofrecemos, ó Señor, á fin de que él suba «delante de Vos como un olor agradable,» es decir, como se ha visto que la oblacion sea á su gusto: y esto mismo se pide en esta oracion despues de la Consagracion, cuando se suplica que *estas cosas*, es decir, *los dones sagrados, sean llevadas al cielo por los Angeles.*

Mas para entender el fondo de esta oracion es menester acordarse que estas cosas de las que se habla son á la verdad el cuerpo y la sangre de Jesucristo; pero que ellas son este Cuerpo y esta Sangre con todos nosotros, y con todos nuestros votos y nuestras oraciones, y que todo esto reuniendo compone una misma oblacion, que queremos sea en todo punto agradable á Dios, ya por parte de Jesucristo que es el ofrecido, como de parte de los que lo ofrecen, y por los que se ofrecen con él mismo. En este supuesto, ¿qué cosa mejor puede hacerse que pedir de nuevo el auxilio del santo Ángel que preside en la oracion, y en él todos los santos compañeros de su bienaventuranza, á fin de que nuestro regalo suba prontamente y con mas agrado hasta el altar celestial, cuando será allí presentado por esta bienaventurada compañía? No será inútil de notar aquí, que así como en nuestro Cánón no se habla mas que de un

solo Ángel, en el Cánón ambrosiano se habla de todos los Ángeles para explicar la santa union de todos estos bienaventurados espíritus, que en efecto hacen todos por consentimiento lo que hace uno de ellos por ejercicio y por destino particular.

Nosotros debemos, pues, unirnos con todos ellos, y con ellos elevarnos á este sublime altar de Dios con nuestro espíritu. Allí, pues, nos elevamos, allí acompañamos, para decirlo así, á Jesucristo con nuestros votos y con nosotros mismos, cuando elevados sobre del mundo, y unidos á los bienaventurados espíritus, no respiramos mas que las cosas celestiales; á mas es menester aun entender aquí que Jesucristo no viene á nosotros sino para llevarnos con él en su gloria. Nosotros le miramos sobre del altar; pero nuestra fe no se detiene enteramente en el altar, sino que le contemplamos en su gloria, de donde viene á nosotros sin dejar de estar en ella, y en la que nos eleva; á fin de que estando con él en el altar celestial, sintamos destilar de él sobre nosotros todas las bendiciones y gracias espirituales por el mismo Jesucristo nuestro Señor, como lo expresa la conclusion de esta oracion.

Está, pues, claramente demostrado que esta elevacion, que deseamos de nuestra santa Víctima hasta al sublime altar de

Dios, no se pide aquí con referencia á Jesucristo, quien está ya á lo mas alto de los cielos; sino mas bien con referencia á nosotros, y á las bendiciones que debemos recibir elevándonos con Jesucristo á este altar invisible.

Y cuando pedimos la intercesion del santo Ángel, no es como á mediador, pues que basta Jesucristo; sino que siendo este santo por sí mismo, sea con mas agrado recibido cuando es ofrecido y presentado por los mismos Santos. Este es el motivo por que la Iglesia implora al Ángel para ofrecerle á Dios con ella, pero siempre por Jesucristo, por quien ella reconoció ya desde el Prefacio de este sacrificio que los Ángeles adoraban á Dios y alababan á su santa majestad.

Acompañan á esta última parte de la cuarta oracion las acciones siguientes: Se inclina profundamente el sacerdote cuando dice: *Supplices te rogamus*; besa el altar al proferir, *ut quotquot ex hac altaris participatione*; al nombrar el Cuerpo de Cristo hace el signo de cruz sobre la hostia, practica igual accion sobre el cáliz cuando nombra la Sangre, y al nombrar la bendicion y gracia celestial se signa con la señal de la cruz.

La profunda inclinacion es propia y á propósito para denotar la humildad y anon-

damiento del que suplica. Los signos de las tres cruces indican otros tantos misterios. Se hace sobre la hostia, por el sudor del cuerpo que tuvo Cristo en su pasion: sobre el cáliz, por las gotas de sangre que derramó en la misma; y al signarse el sacerdote recuerda la caida de Cristo de cara cuando iba al Calvario. Puede aun darse otra explicacion á este misterio: los dos primeros signos de cruz pueden significar las ataduras y azotes de Jesucristo Señor nuestro; y cuando el sacerdote se signa á sí mismo indica los sayones que escupian en su divina cara. (Inn. III, lib. 5 Myst. Miss. c. 5). Otros hablando de dichos tres signos dicen: «Nos representan la extension del Cuerpo, la efusion de Sangre, y el «fruto de su pasion,» fundándose en aquellas palabras: *Corpus et Sanguinem sumpsimus, omni benedictione...* (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 5, ad 3).

Para los Protestantes.

Á mas de lo dicho en la primera parte de esta oracion respecto á bendiciones, en refutacion de la objecion que nuestros reformadores sobre este particular nos oponen, añadimos que:

La palabra *benedicir* marca generalmente una buena palabra, *benedicere*. Así se bendice á Dios cuando se celebran sus alaban-

zas, y en este sentido no hay ninguna duda que no se pueda bendecir á Jesucristo; mas no tratamos aquí de esta bendicion, sino de la bendicion con la que se bendice á los fieles cuando se ora sobre ellos, y de la que se bendice á los Sacramentos cuando se consagra. Esta bendicion es siempre una buena palabra, repito, y en ella consiste la bendicion de la Iglesia. Mas se acompaña ordinariamente con el signo de la cruz, en testimonio que solo por la cruz de Jesucristo desciende sobre nosotros toda bendicion espiritual. De este modo se bendice á los Sacramentos. Sin embargo, es preciso observar aquí que la bendicion cuando se consagra á los Sacramentos se extiende mas léjos; porque no se bendicen sino para bendecir, consagrar y santificar al hombre que participa de ellos: de suerte que esta bendicion tiene dos efectos, el uno para el Sacramento, y el otro para con el hombre. Esto supuesto, ya no hay dificultad alguna; pues cuando se bendice los dones, es decir, el pan y el vino, antes de la Consagracion, esta bendicion tiene dos efectos, uno para el Sacramento que se quiere consagrar, y otro para el hombre que se quiere santificar por el Sacramento. Pero, despues de la Consagracion, la bendicion consumada con referencia al Sacramento no subsiste sino con referencia al hombre

que es preciso santificar por la participacion del misterio. Este es el motivo por que los signos de cruz que se hacen despues de la Consagracion, sobre el pan y vino consagrados, se hacen diciendo esta oracion. «Á fin, se dice, que nosotros todos, que recibimos de este altar el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo, nos llenemos en Jesucristo de toda gracia y bendicion espiritual:» de donde se ve manifestamente que esto no es aquí una bendicion que se haga sobre las cosas ya consagradas, sino una oracion donde se pide que siendo santas por ellas mismas, estas lleven la bendicion y la gracia sobre los que participarán de ellas.

De lo que se concluye, que las bendiciones que se hacen sobre el cuerpo de Jesucristo con los signos de cruz, ó que no se refieren á este divino Cuerpo, sino á los que deben recibirle; ó que si se refieren á él es para marcar las bendiciones y gracias de que está lleno, y que desea derramarlas sobre nosotros con profusion, si nuestra infidelidad no lo impide; ó en fin, si se quiere tomar de este modo, se bendice en Jesucristo á todos sus miembros que se ofrecen en este sacrificio como haciendo un mismo cuerpo con el Salvador, á fin de que la gracia del jefe se derrame con abundancia sobre ellos.